

Jerónimo de Pistoya, a quien apreciaba de un modo especial (1). En vista del estado del reino de Francia y de las antiguas relaciones amistosas de su gobierno con la Sublime Puerta, había ciertamente pocas esperanzas de un buen éxito. No obstante, Pío V procuró influir personalmente con toda su autoridad en el joven monarca Carlos IX, enviándole una carta llena de fuego el 13 de marzo de 1570. Con palabras conmovedoras lamentaba en ella los padecimientos de la cristiandad, los cuales llegaban ahora a lo sumo con el peligro de parte de los turcos. Por eso se conjura al rey, que entre en la liga dirigida contra el islam. A la fría y breve negativa de Carlos IX respondió el Papa el 18 de junio con otra carta muy severa. Decíase en ella, que si el rey no quería renunciar a sus antiguas relaciones amistosas con la Sublime Puerta, para poder prestar buenos servicios a otros en Constantinopla, se hallaba con ello en un camino enteramente falso, porque no se podía hacer el mal para alcanzar el bien. Que por lo demás se engañaba mucho el rey, si creía poder mantener él solo con el enemigo de todos los príncipes cristianos una amistad que antes bien debía evitar como la peste. Que ahora estaba experimentando Venecia el caso que se había de hacer de la amistad del sultán. La carta terminaba con una exhortación a seguir el ejemplo que en otro tiempo había dado Francia en la época de su gloria y de su grandeza (2). Pío V predicaba a sordos. La diplomacia francesa no se avergonzaba hasta de trabajar directamente contra la liga, procurando preparar un convenio entre Venecia y la Sublime Puerta (3).

¡Cuán remoto sin embargo estaba el tiempo en que un día el ardor por las cruzadas llenaba a toda la cristiandad! Esto se mostró también en que Pío V, a pesar de sus múltiples exhortaciones, ya no se atrevió ahora a dirigirse por carta a aquel a quien antiguamente en ocasiones semejantes se habían enderezado en primer lugar las miradas de los Papas: al emperador. Este, en efecto, no pensaba renunciar a la paz que sus embajadores habían comprado en 1568 para ocho años (4). Además las relaciones del

(1) Cf. la relación de Tiépolo en Mutinelli, I, 92 s. Sobre J. de Pistoya v. Rocco da Cesinale, I, 76 s.

(2) Goubau, 295 s., 298 s. Laderchi, 1570, n. 61-62. La fecha de «14 de marzo» que está en Laderchi, es falsa; v. *Brevia Pii V en Arm. 44, t. XV, p. 44b, *Archivo secreto pontificio*.

(3) V. Herre, I, 161.

(4) Cf. arriba, p. 218.

Papa con el poseedor de la más alta dignidad secular de la cristiandad se habían turbado entonces del modo más violento, no sólo por la actitud de Maximiliano en las cuestiones religiosas, sino también por la elevación de Cosme a gran duque de Toscana (1). Por el mismo tiempo estaban también tirantes las relaciones del emperador con Felipe II (2). Hablando con el embajador de Venecia, había ciertamente expresado Maximiliano a la primera noticia de la amenaza de Chipre por los turcos, que se podía fácilmente ajustar una liga, no sólo entre él, el Imperio alemán, el rey de España y Venecia, sino también con los moscovitas y los persas. Pero poco después se dijo que el inconstante monarca había resuelto seguir pagando su tributo al sultán. Todos los intentos del embajador veneciano para impedir el envío de este «presente de honor», quedaron frustrados (3).

La misma suerte tuvieron los esfuerzos del Papa y Venecia por interesar a Polonia y Rusia en la lucha común contra los otomanos. A tales planes se oponía de antemano la rivalidad de estas dos potencias. Claramente se mostró esto ya a la primera tentativa de los venecianos para inducirlos a entrar en la liga (4). A pesar de lo cual Pío V no renunció a la esperanza de conseguir el fin anhelado. El gran optimismo que tenía respecto de Rusia, se explica de una parte por el desconocimiento que reinaba en todo el Occidente, del estado de las cosas de este Imperio, que se hallaba aún en la más profunda barbarie, y de su despótico y cruel soberano, y de otra parte, por la esperanza, que nunca se amortiguó en la curia, de que el Imperio moscovita abrazaría la fe católica y se uniría con los demás Estados para luchar contra los otomanos. Pío V estaba en tan alto grado bajo la impresión de las negociaciones seguidas en tiempo de Julio III, y de la esperanza excitada por el entonces nuncio en Polonia, Ruggieri, de que Iván IV, como enemigo de los luteranos, no sería adverso a una unión con Roma, que ahora le parecía muy posible la participación

(1) Cf. arriba, p. 230 s., 234. Sólo después de concertadas las diferencias respecto del asunto de Toscana, como *notifica B. Pía desde Roma el 5 de agosto de 1570, se podía atraer al emperador a la liga. *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(2) V. Herre, I, 141, 149 s.

(3) V. Turba, III, 490, nota 2. Cf. arriba, p. 218.

(4) V. Herre, I, 155 s.

de la potencia moscovita en la guerra contra los turcos (1). En su confianza de ganar a las potencias orientales de Europa para la lucha contra los infieles, fué todavía confirmado por el nuncio de Venecia (2).

En agosto de 1570 el nuncio de Polonia, Portico, recibió la orden de trasladarse a Moscou para hacer una tentativa en esta dirección. La instrucción que se le dió, da bien a entender el sentir ideal y enérgico del Papa. Pío V hace en ella referencia a las negociaciones que Iván IV había entablado con Julio III, para alcanzar el título de rey mediante la promesa de someterse a Roma tocante a lo eclesiástico. Dícese también en la misma, que investigue el nuncio hasta qué punto se habían tomado en serio estas negociaciones entonces interrumpidas. Que si continuaba aún la prontitud de voluntad, el Papa estaba dispuesto a enviar a Moscou sacerdotes y obispos. Se advierte a Portico, que no pase a tratar de las controversias religiosas, sino en caso de que las toque Iván mismo. Ante todo debía exponer el peligro de los turcos y mover al zar a resistir a los otomanos junto con el emperador y el rey de Polonia, y por medio de este ataque por tierra apoyar el de la escuadra cristiana en el Mediterráneo. En una adición cifrada se hizo expresa referencia al título de rey, pretendido por Iván (3). Una carta del Papa a éste, enviada al nuncio y fechada en Roma a 9 de agosto de 1570, además de una viva descripción del peligro que amenazaba a todos los príncipes por parte de los osmanlies, contenía la apremiante exhortación a apoyar la guerra contra los infieles. Decíase al fin, que si el zar realizaba sus intentos de unión, el Papa se mostraría agradecido cuanto le fuese posible (4).

(1) V. Catena, 183 s. y Pierling, *Russie*, I, 383 s. Sobre las negociaciones entabladas en tiempo de Julio III v. nuestros datos del vol. XIII, 226, nota 1.

(2) V. Valensise, 71 s. En un *Avviso di Roma de 2 de junio de 1571 se dice, que los jesuitas afirmaban, que los moscovitas les habían pedido Padres (Urb., 1042, p. 71, *Biblioteca Vatic.*). Un *Avviso di Roma de 8 de junio de 1571, que se halla en el *Archivo público de Viena*, notifica lo mismo, pero con esta añadidura: *il che si è vero è di grand'importanza*.

(3) V. el texto de la instrucción de septiembre de 1570 en Pierling, *Rome et Moscou*, 140 s.

(4) V. Goubau, 360 s.; Laderchi, 1570, n. 64; Theiner, *Mon. Pol.*, II, 748 s. Una reimpresión de la carta pontificia según el original puede verse en N. Lichatshev, Una carta del Papa Pío V al zar Iván el Terrible. Un estudio sobre la diplomacia pontificia, San Petersburgo, 1906 (en lengua rusa), p. 2-5 y lámina I; cf. además R. G. Salomón en el *Archivo de historia antigua alemana*, XXXII (1907), 461 s.

No se le escapaba a Iván qué peligros amenazaban también al Imperio ruso de parte de los turcos, pero esperaba evitarlos, no por medio de empresas guerreras, sino por negociaciones pacíficas. Por lo demás, Portico no llegó a enterarse de este estado de las cosas. Era presupuesto de su misión el asentimiento del rey de Polonia; mas éste puso condiciones que encubrían mal su aversión al plan del Papa (1).

Cuanto más faltos de esperanza parecían estar todos los esfuerzos de Pío V, enderezados a promover una gran cruzada, con tanto mayor ardor agenciaba por lo menos la conclusión de una liga con Venecia y España. Pero también a este plan se oponían obstáculos casi insuperables. Como ya tantas otras veces, mostróse asimismo ahora, que sólo la Santa Sede tenía completa inteligencia del peligro que amenazaba a la cristiandad y a la civilización occidental, y seguía una política verdaderamente desinteresada, agenciando con grandísimo celo la liga, mientras aquellos para cuya utilidad se había de ajustar, dejábanse guiar por solos sus intereses particulares entre sí opuestos, y regateaban sobre las condiciones de una empresa común, como comerciantes sobre una mercancía (2).

Al egoísmo que reinaba en ambas partes, correspondía la mutua desconfianza. Principalmente Felipe II temía que Venecia se entendería bajo mano con la Sublime Puerta y luego España sola quedaría expuesta a la acometida de los turcos. Confirmóse en esta desconfianza, que de cuando en cuando se apoderaba también del Papa, por la pertinacia con que Venecia procuraba aprovecharse de la situación en beneficio propio. No contenta con que Pío V había concedido a la república los diezmos y todavía otros auxilios en dinero, tropas y vituallas (3), exigía además que el Papa tuviese parte en la expedición de la escuadra, aportando cierto número de galeras. Como sospechaba justamente el embajador español, con esto debía impedirse que el mando supremo de la armada recayese en un almirante de España (4). Para no moles-

(1) V. Pierling, *Russie*, I, 389 s.

(2) V. el juicio del cardenal Rambouillet en su carta de 5 de noviembre de 1570, en Charrière, III, 126; cf. Herre, I, 69, 71.

(3) V. la *relación de B. Pía fechada en Roma a 5 de abril de 1570, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. el *Avviso di Roma de 5 de abril de 1570, Urb., 1041, p. 255^b, *Biblioteca Vatic.*

(4) V. la relación de Zúñiga de 10 de abril de 1570, en Herre, I, 75. Según Granvela (Herre, I, 78, nota 2), Venecia al principio había exigido 30 galeras;

tar a los españoles, los cardenales Morone, Farnesio, Orsini y Madruzzo, consultados por el Papa, disuadiéronle de la formación de una escuadra pontificia independiente, y recomendaron nuevos subsidios pecuniarios. Como sin embargo Venecia declaró que no vendría en una expedición común sino en caso de que se hallasen en ella buques pontificios y un almirante del Papa, hubo éste de ceder, por muy difícil que fuese para él allegar dinero y tropas para el prometido armamento de veinticuatro galeras (1). Animada con este buen suceso, quiso ahora conseguir la señoría, que se confiase el mando supremo a un varón enteramente adicto a ella, el cardenal Cornaro. Pío V se negó hábilmente a acceder a esta propuesta, fundándose en que no estaba bien que un eclesiástico desempeñase semejante cargo (2). Si se atendía únicamente al número de las naves, pertenecía el mando supremo a los venecianos; pero era seguro que el poderoso soberano del Imperio español no se subordinaría a ellos. Como ahora en general los buques pontificios debían servir de lazo de unión entre los dos rivales, Pío V pensó también resolver la cuestión del mando supremo de su escuadra, nombrando para ella un almirante contra quien nadie hallase reparo que oponer (3). Con gran prudencia escogió para esto un varón cuyas dotes militares estaban fuera de toda duda y que había de ser grato, no sólo a Venecia, sino juntamente también al rey de España: Marco Antonio Colonna. De sólo treinta y cinco años de edad, este hombre, el más eminente de los barones romanos, había luchado ya con tres galeras propias en la costa de Africa y contribuido a la conquista del Peñón de Vélez (4).

después se contentó con que enviaría ella misma 24 vacías a Ancona, donde prometió el Papa armarlas y tripularlas; v. la *relación de B. Pía, de 25 de abril de 1570, *Archivo Gonzaga de Mantua*, y el *Avviso di Roma de 3 de mayo de 1570, Urb., 1041, p. 269, *Biblioteca Vatic.* Cf. ahora también *Corresp. dipl.*, III, 288 s., 376, nota 2.

(1) V. Folieta, I, 969 s.; Herre, I, 78; cf. también Pometti, 67 s. Como Cosme I utilizó su promoción de la guerra contra los turcos, para conseguir la elevación de su título, lo muestra bien *Bibl. Elevación*, 69 s., 72 s.

(2) V. Valensise, 59. Que además de Cornaro fué también propuesto *Commendone*, se saca del *Avviso di Roma de 29 de abril de 1570, Urb., 1041, p. 269^b, *Biblioteca Vatic.*

(3) V. la importante relación de Facchinetti, de 29 de marzo de 1570, en Valensise, 51 s.

(4) V. Guglielmotti, M. A. Colonna, 11 s. Como complemento de la monografía de Guglielmotti pueden servir L. Vicchi, M. A. Colonna. *Appunti biogr. con doc. rari*, Faenza, 1890, y Tomassetti, Su M. A. Colonna il Grande, Roma, 1909.

A fines de mayo de 1570 llegó a Roma un correo enviado por Torres con la noticia de que Felipe II estaba dispuesto así a prestar inmediatamente auxilio a Venecia, como a entrar en las negociaciones para la liga. El Papa lloraba de gozo (1). Publicó a 3 de junio el nombramiento de Colonna para jefe supremo de la escuadra auxiliar pontificia (2). El domingo, 11 de junio, Marco Antonio Colonna con brillante armadura, acompañado de nobles romanos, se dirigió a caballo al Vaticano, donde prestó el juramento en la capilla pontificia después de una misa del Espíritu Santo. Conducido por Pablo Jordán Orsini y Miguel Bonelli, se acercó luego a las gradas del trono pontificio para recibir de manos de Pío V el bastón de mando y la bandera de seda roja. En ella se veía al Crucificado entre los Príncipes de los apóstoles, el escudo de Pío V y el lema: *In hoc signo vinces*—Con esta señal vencerás (3).

En Roma como también en Venecia reinaba general alegría por el nombramiento de Colonna. Sólo los españoles no estaban contentos, aunque tenían para ello todas las razones, porque Colonna había sido siempre fielmente adicto a su causa, como lo había demostrado con los hechos en tiempo de Paulo IV. El noble Pío V olvidó del todo la parte que entonces tuvo Colonna en la guerra de los españoles contra la Santa Sede. ¡Cuán penosa impresión hubo ahora de producirle el que semejante varón no pareciese grato a los representantes de Felipe II en la curia! Zúñiga dijo a Colonna en su cara, que no se imaginase que era generalísimo; que no había aún ninguna liga. Granvela le censuró directamente el que hubiese aceptado el mando de las galeras pontificias, sin haber antes dado cuenta de ello a Felipe II (4).

(1) V. la relación de F. Góndola en Voinovich, 560.

(2) V. el *Avviso di Roma de 3 de junio de 1570, Urb., 1041, p. 283, *Biblioteca Vatic.* Cf. *Corresp. dipl.*, III, 376.

(3) V. Firmano en Gennari, 61 s.; los *Avvisi di Roma de 14 y 17 de junio de 1570, Urb., 1041, p. 290^b, 293^b, *Biblioteca Vatic.* La fecha (11 de mayo) que se halla en Sereno, 46 y Catena, 153, es falsa. El breve a Colonna, de 11 de junio de 1570, puede verse en Guglielmotti, Colonna, 8 s. El estandarte que Pío V dió a M. A. Colonna, fué por éste ofrecido a la catedral de Gaeta; allí está empleado como imagen del altar mayor, y se halla todavía bien conservado; v. P. Fidele, Lo stendardo di M. A. Colonna a Lepanto (Nozze Hermanin-Hausmann), Perugia, 1903; S. Ferraro, Mem. religiose e civili di Gaëta, Napoli, 1903, 193, como también los grabados del *Cosmos illustr.*, 1904, 80.

(4) V. las relaciones de Zúñiga y Granvela en Herre, I, 82.

Que Pío V había elegido en Marco Antonio Colonna al hombre adecuado, mostró el celo con que éste tomó a pechos el armamento de las galeras, cuyo número hubo de limitarse a doce por la imposibilidad de allegar mayores fondos. Colonna halló en la nobleza romana la mayor propensión a tener parte en la gloriosa empresa. Los primeros a quienes dió mando de galeras, fueron Fabio Santa Croce y Domingo Máximo. Nombró lugarteniente suyo al duque de Zagarolo, Pompeyo Colonna. El cargo de comisario general lo obtuvo Pablo Francisco Baglioni, y la artillería se puso bajo la dirección del arquitecto Jacobo Fontana (1). Destináronse también capellanes castrenses para los soldados (2). El camarlengo pagó al punto a Colonna 10000 escudos, y otros 12000 había de recibir en Venecia, para donde partió el 16 de junio (3). En Loreto Colonna se encomendó a sí y a su escuadra a la protección de la Madre de Dios, y luego trabajó en Ancona y Venecia para armar las doce galeras pontificias, en lo cual se habían de vencer no pequeñas dificultades (4).

Entre tanto en Roma se habían comenzado las negociaciones sobre una liga entre España y Venecia, después que un correo enviado el 14 de junio había llevado al representante de la república en Roma, Miguel Soriano, el permiso para ello de parte de la señoría (5). Después de algunas conferencias preparatorias (6), se abrieron las negociaciones propiamente dichas el 1.º de julio de 1570 con una alocución del Papa, caldeada en su celo de la cruzada (7). Entre las respuestas de los embajadores fué notable la de Soriano, quien insistió enérgicamente en la necesidad de pasar

(1) V. Guglielmotti, Colonna, 13 s., 16 s. Por un *breve de 3 de agosto de 1570 Pío V recomendó a Pompeyo Colonna al Generali classis Venet. Arm. 44, t. XV, p. 184^b, *Archivo secreto pontificio*.

(2) Venecia había propuesto para esto unos ocho o diez jesuitas; el Papa deseaba que en cada galera hubiese un sacerdote (v. Valensise, 52, 57); al fin eligió para esto a los capuchinos; v. los *Avvisi di Roma de 17 y 24 de junio de 1570, Urb., 1041, p. 293^b, 298^b, *Biblioteca Vatic.* Cf. Rocco da Cesinale, I, 77 s., 475 s.

(3) V. el *Avviso di Roma de 17 de junio de 1570, loco cit. El *breve al dux, que acredita a M. A. Colonna, lleva la fecha de 8 de junio de 1570; Arm. 44, tomo XV, p. 136^b, *Archivo secreto pontificio*.

(4) V. Guglielmotti, Colonna, 22 s.

(5) V. Herre, I, 164; cf. Valensise, 61.

(6) V. Corresp. dipl., III, 404 s.

(7) V. Catena, 155 s.; Folieta, II, 1000; Paruta, 122 s.; Laderchi, 1570, n. 90 s., donde con todo está equivocada la fecha.

desde luego a la ofensiva contra los turcos. Cuando los embajadores salieron del Vaticano, Soriano propuso que se hiciese como en el año 1538, y luego en la primera conferencia se declarase ajustada la liga y se diese comienzo a la ejecución, y después se deliberase acerca de los diversos capítulos. Pero a esto se mostró contrario Granvela, el cual quería oír antes cada una de las proposiciones (1).

El 2 de julio entregó el Papa a los representantes de España y Venecia el bosquejo de un tratado de alianza, compuesto según el modelo de la liga de 1538, sobre el cual debían deliberar con los cardenales Bonelli, Morone, Cesi, Grassi y Aldobrandini, facultados para ello (2). El 4 de julio juntáronse los nombrados en la secretaría de Estado pontificia para celebrar la primera conferencia. Las negociaciones, que desde ahora se efectuaban casi diariamente, y en las cuales el cardenal Rusticucci sustituyó a Bonelli, que había caído enfermo, se mantuvieron, por mandato del Papa, en el más riguroso secreto (3). Se traslució de ellas tan poco, que repetidas veces se esparció el falso rumor de haberse ya conse-

(1) Cf. el protocolo de las negociaciones, escrito por M. Soriano, primeramente en el Tesoro político, I, Milán, 1600, 510 s.; después según una «antigua copia» en Du Mont, V, 1, 184 s. y en Lünig, Cod. Ital. dipl., IV, 262 ss., así como en el apéndice de Sereno, 393 s., donde está incompleto. En estos impresos las fechas y números están muchas veces alterados, por lo cual se utilizaron dos copias que hay en el *Archivo secreto pontificio*: Leghe contro il Turco y Varia polit., 115, n. 16 (cf. Pometti, 70, nota 1). También en otras partes se hallan con frecuencia copias de este protocolo, como en la *Biblioteca palatina y pública de Munich*, Ital., 6, p. 24 s., en la *Biblioteca de Berlin*, Inf. polit., 17, p. 1 s., en el Vatic. 7484, p. 132 s., Barb. lat., 5367, n. 15, en la *Bibl. Classense de Ravena*, en la *Biblioteca de Sena* y en Addit., Ms. 18173 del *Museo Británico de Londres*. Las relaciones de los representantes de Felipe II, que completan a Soriano, se hallan ahora impresas en la Corresp. dipl., III, 404 s., 417 s., 421 s., 435 s., 439 s., 444 s., 466 s., 474 s., 486 s., 495 s.; *ibid.*, 501 s. está la relación compendiosa de Rusticucci a Castagna, de 11 de agosto de 1570.

(2) V. Corresp. dipl., III, 414 s.

(3) V. los *Avvisi di Roma de 8 y 15 de julio de 1570, Urb., 1041, p. 307, 309, *Biblioteca Vatic.*, así como *ibid.*, 294 y 296 los *Avvisi de 17 y 28 de junio de 1570. Sobre los cardenales nombrados, y el alejamiento de Santa Croce de la comisión, procurado por los españoles, v. Corresp. dipl., III, 401 s. Cf. también la *relación de B. Pía, fechada en Roma a 1.º de julio de 1570, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Morone reemplazó a Santa Croce (Corresp. dipl., III, 404 s.), y Rusticucci ejerció las funciones de representante de Bonelli (cf. Charrière, III, 115). Grassi después de su muerte fué sustituido por Chiesa (v. Folieta, II, 1001). Sobre el secreto que se había de guardar v. también Góndola en Voinovich, 569 y Charrière, III, 116.

guido un feliz resultado (1). En realidad las negociaciones se turbaron desde el principio de la peor manera, por la desconfianza y la diversidad de intereses de los españoles y venecianos. Si no se frustraron muy pronto, fué esto mérito de Pío V, que no se cansaba de apaciguar y conciliar, para lo cual refrenaba su natural fogoso con gran fuerza de voluntad (2).

Los españoles, tanto como los venecianos, estaban resueltos a defender tenazmente sus particulares intereses y sacar para sí de la liga el mayor provecho posible. Los representantes de España se mostraron en esto los más decididos, sobre todo Granvela, el cual sin consideración a las reducidas fuerzas de Venecia, quería mantener exigencias a que fácilmente hubiese podido renunciar un tan grande y poderoso reino como España (3). Por eso se sospechaba en Venecia, que Felipe II quería primero no dar todavía un golpe decisivo contra los turcos, sino sólo alcanzar una alianza defensiva duradera, para tener así un apoyo en la autoridad de sus aliados, encadenar a su política y reducirla a su dependencia a la república de San Marcos, y finalmente también abrirse cerca del Papa una fuente perenne de dinero por medio de la bula de la Cruzada y los diezmos (4). Pero en Madrid se temía que el partido de la paz triunfaría con todo al fin en la ciudad de las lagunas y conseguiría un convenio con la Sublime Puerta. Esta mutua desconfianza hubo de dificultar mucho las negociaciones que se efectuaban en Roma acerca de una liga contra los turcos.

Luego en la primera sesión de 4 de julio el cardenal Granvela hizo valer una serie de objeciones contra el proyecto de alianza pontificio. Al discutirse contra quién se había de dirigir la liga, defendió la opinión de Felipe II de que la alianza se había de volver no sólo contra los turcos, sino también contra todos los infieles. Soriano replicó: Se nos ha llamado y facultado sólo para una alianza contra los turcos. Quien incluye a los demás infieles, se aparta del fin principal; en vez de repeler a éstos, se debía antes bien procu-

(1) Ya en 15 de julio de 1570 notifica un Avviso di Roma, que se esperaba un pronto buen fin de las deliberaciones; otro, de 26 de julio, dice que la lega debe de estar en buonissimo termine (Urb., 1041, p. 309, 312, *Biblioteca Vatic.*). B. Pía * notifica en 5 de agosto de 1570 desde Roma: La lega s'ha per conclusa (*Archivo Gonzaga de Mantua*).

(2) Esto lo hace resaltar con razón Havemann (p. 123).

(3) V. Serrano, Liga, I, 93.

(4) Cf. Paruta, 126 s.; Le Bret, Historia de Venecia, III, 1380 s.

rar ganarlos para que combatesen contra los turcos. Asintió a su parecer Morone, refiriéndose a los persas. Granvela persistió con todo en su dictamen; dijo que los persas, como los moros, no eran sino instrumentos de los turcos. Que la liga se había de dirigir también contra los rebeldes moriscos de España y contra la ocupación de Túnez, y no debía servir únicamente para favorecer los intereses de Venecia. La discusión se hizo muy viva y se prolongó mucho, porque Soriano defendió su modo de ver con grandísima obstinación. Morone hizo la proposición de ajuste, de no nombrar ni a los persas ni a los moros, pero sí a Argel, Túnez y Trípoli, para que se evitase la apariencia de que Venecia no quería apoyar a España. Pero tampoco a esto se acomodó Soriano, de suerte que se hubo de diferir la decisión sobre este punto.

La conferencia de 5 de julio se dedicó al reparto de los gastos. En ella Granvela se lamentó de tener su rey exhausta la hacienda por las guerras interiores y exteriores; pero dijo que sin embargo don Felipe tomaría por su cuenta la mitad de los gastos. Soriano empleó el mismo lenguaje; y su declaración, de que la señoría no podía pagar más que la cuarta parte de los gastos, causó general asombro. Morone no quiso admitir que la república se hallase exhausta, antes manifestó que en el aspecto rentístico estaba mejor que los demás Estados. El fin de las largas deliberaciones fué que Soriano declaró que Venecia se encargaría de la tercera parte de los gastos. Ocurrió otra dificultad en lo tocante a la participación de la Santa Sede, la cual en 1538 había sufragado una sexta parte de los gastos, lo cual era ahora imposible, pues desde entonces se habían disminuído las rentas de la Iglesia en 400000 escudos. El cardenal Aldobrandini calculó que de los 600000 escudos de gastos mensuales el Papa podía encargarse a lo sumo de 30000 ó 35000, y que el resto se debía repartir entre España y Venecia. Negóse Soriano a acceder a esto. Granvela hizo depender su consentimiento de que el Papa concediese a España la bula de la Cruzada y otros impuestos del clero, sin los cuales su rey no podía contribuir a la liga.

Soriano no asistió a la conferencia de 7 de julio, pues había obtenido audiencia del Papa para justificar su conducta observada hasta entonces, lo que también consiguió. Los representantes del Papa negociaban entre tanto con los españoles sobre la Cruzada y otras demandas de Felipe II. Pío V continuó resistiéndose a la